

Diplomado: “cuidados al final de la vida”

Mensaje en voz de los estudiantes

Personalidades del presidium, amigos todos:

Muchas son las verdades que envuelven la vida del hombre; y la más irrevocable, tangible, presente y temida por muchos es aquella realidad que se opone totalmente a la propia vida: la muerte.

La persona humana, en busca continua de un “para qué”, que le dé sentido a su vida, también se pregunta sobre el “por qué” de la muerte; y si morimos, entonces, ¿para qué vivimos?, ¿vale la pena existir?, ¿hay una vida después de la muerte o todo termina con ella?... surgiendo desde el interior la siguiente exclamación: “¡no puede ser que toda esa grandeza de la vida termine en un segundo, con un suspiro! ¡Debe existir algo más!”.

En este diplomado de “cuidados al final de la vida” hemos tomado conciencia de que la muerte es la experiencia de finitud de todos nosotros, y justo esta conciencia, nos obliga a buscar los significados de esta realidad de vida y de muerte. Por ello, vamos creando una serie de simbolismos, una narrativa de vida en donde plasmamos todo aquello que nos perpetúa en el ser y todo lo que nos da respuesta a nuestras interrogantes.

Conocimos cómo, a través del arte, los hombres imprimen todo su sentir y pensar sobre la muerte y el morir; adentrándonos nosotros mismos a la increíble experiencia de procesar por el arte nuestras propias pérdidas.

Nos sumergimos en las percepciones de los niños y adolescentes al vivir sus duelos, que son muy distintos a las experiencias de los adultos.

Descubrimos que para hablar de duelo se usan dos verbos: estar y hacer. Mey meyer nos mostró que no basta simplemente "estar", ya que el tiempo por sí sólo no cura las heridas, no es suficiente para superar el sufrimiento y abrirnos a una nueva vida.

El constructivismo nos enseñó que es indispensable: “realizar el trabajo”, “hacer” el duelo resignificando así, el mundo que ha quedado amenazado.

Nos adentramos después a la experiencia del counseling, relación de ayuda que a través de la escucha activa, y de la contención emocional; individual o grupal, nos permite acompañar al doliente en su proceso de sanación, dándonos cuenta de que “la muerte no es ausencia, siempre es presencia, sólo que es cambio de presencia, de una real física, a una real espiritual”.

Algo fundamental para todos fue enfrentarnos a nuestros miedos al tomar conciencia de la propia muerte y de todas aquellas circunstancias legales, familiares y de logística que encierra nuestro último momento, lo que nos permitió darnos cuenta de la importancia de formar una cultura de “preparación para el último viaje”.

Exploramos el increíble mundo de la antropología de la muerte, que nos enriqueció con el sentido que muchos pueblos, a través de la historia, le han dado a ésta. Nos admiramos de

los distintos rituales de muerte que viven o vivieron algunas civilizaciones, llenos de cultura, significados y simbolismos que expresan nuestro deseo de infinitud.

Por último, vimos de cerca los cuidados necesarios al final de la vida, los cuales son indispensables para vivir con toda dignidad este segundo momento más importante después del nacer, el morir.

Vida y muerte, muerte y vida son dos caras de una misma moneda que debemos tener siempre entre las manos.

Así, llegamos al final de este camino y quiero agradecer en voz de todos mis compañeros, a nuestros maestros, que nos impulsaron a ser mejores seres humanos; nos orientaron para reconocer y manejar mejor nuestras emociones frente a la propia muerte; que nos enseñaron a despedirnos de nuestros seres queridos que han partido; y, más aún, sembraron en nosotros la inquietud de aplicar todos estos conocimientos en pro de aquellos que se encuentran por morir, de los familiares de los fallecidos y en general, a favor de todo aquel que sufre alguna pérdida significativa.

El reto es grande, y puedo decir sin equivocarme que no es el final sino el principio. Tenemos ahora el deber moral de prestar, en la medida de nuestras circunstancias, un servicio a la sociedad. Ya nos decía Verónica: “el infierno está lleno de buenas intenciones, de piedras calladas que no hicieron algo por sus semejantes”.

Gracias a mis compañeros por la inmensa riqueza de sus vidas. Créanme, soy ahora una mejor persona gracias a ustedes, y le agradezco a Dios el que, como dice la canción, a pesar de tantos siglos, tantos mundos, y tanto espacio,... tu y yo, coincidamos aquí. Siempre tendrás en mí a una amiga.

Quiero terminar diciendo:

Cada uno de nosotros somos los autores de nuestro gran libro de la vida. Escribámoslo con riqueza; construyendo nuestro destino; borrando las equivocaciones para volver a empezar. Elijamos plasmar vivencias felices; y, ante las pérdidas y sufrimientos, procuremos pedir ayuda para proseguir con el relato de nuestra vida, que quizá se realice con una tinta distinta, tome nuevos estilos ó diferentes caminos de los que en un principio habíamos planeado; pero en ti siempre estará la elección de escribirlo con renovación, aprendizaje, pasión, entusiasmo y felicidad. La vida sólo es un momento, un momento todo tuyo; ¡disfrútalo en su totalidad!”. ¡Vive el ahora! ¡Vive tu vida!

Y, cuando tengas que cerrar tu libro estarás siempre preparado, satisfecho, orgulloso, en paz con las maletas hechas, siempre listo para partir, porque como se dice:

¡Para aprender a morir, hay que aprender a vivir!